

- ¡Abuelo! ¡Abuelo! Mira cómo me tiro por el tobogán.  
¡Abuelo!

Me quedé extrañado mirando a mi abuelo. Estaba sentado en el banco mirándome pero sin verme. Me acerqué a él y su mirada azul parecía inmersa en un océano.

- Abuelo, ¿has visto qué rápido he bajado por el tobogán? Abuelo, ¿estás bien?

Le cogí su mano arrugada. Estaba helada. Le ayudé a levantarse del banco y nos dirigimos a casa.



Durante el camino no cruzamos ninguna palabra, se dejaba llevar como cuando yo era muy pequeño y me agarraba a su mano sin importarme dónde íbamos porque con él hubiera ido al lugar más remoto del mundo.

Mamá nos esperaba. Nos saludó como siempre, con un achuchón y un besazo que sólo saben dar las madres. ¡Qué pesada se pone a veces!

- Ángel, ¿qué tal os ha ido la tarde en el parque?
- Bien mamá.

Nos sentamos en la mesa y comenzamos a cenar. La tortilla de patatas de mi madre es la mejor del mundo mundial. Tendría que ir a Masterchef. Seguro que ganaría.

Mi abuelo apenas probó bocado ni soltó una palabra. Dijo que estaba cansado y que se iba a la cama. Mi madre se extrañó y me preguntó:

- Ángel, ¿ha ocurrido algo esta tarde?
- El abuelo ha estado un poco raro y muy callado para lo que es él, ya sabes que es un parlanchín y siempre está contando sus batallitas de joven.
- Mañana hablaré con él. Lávate los dientes y vete a la cama que mañana madrugas para ir al cole.

Los lunes son un rollo. ¿A quién le gustan los lunes? Yo creo que a nadie. En fin...

¡Qué raro! Mi abuelo no está en la puerta esperándome para llevarme al cole. Mi madre se pone su abrigo y me dice que hoy me llevará ella, que el abuelo está dormido.

A la salida del cole me esperaba mi vecina Mari Cruz, la del bajo. ¿Por qué no habrá venido mi abuelo a recogerme? ¿Estará pachucho?

La mañana se ha pasado rápido y llego a casa con la mochila cargada de deberes. Menos mal que mi abuelo me ayuda con las matemáticas, es un crack del cálculo.

- Hola abuelo, ¿qué te pasa, que hoy has hecho novillos y no me has recogido en el cole?
- Dame un abrazo campeón. No me pasa nada. Tu madre se empeñó en que me quedara en casa porque hacía demasiado frío pero mañana estaré sin falta.

Pasó la semana volando y el fin de semana también. Y otra semana más, y otra...Ningún día ha ido mi abuelo a recogerme. Está extraño, a veces ausente, unas veces habla y otras el silencio es tan largo que estremece.

Mamá dice que el abuelo tiene lagunas de memoria, que se le olvidan las cosas. Muchas veces no sabe dónde ha puesto el móvil, las llaves, su gorra...

Mi abuelo es magnífico. A mí me encanta escuchar sus historias, me cuenta varias veces las mismas y ya me las sé de memoria. Me mira y se calla, parece que su mente vuela a un sitio donde yo no puedo acompañarle. Yo le digo que no se preocupe que el día que él no las recuerde yo se las contaré. Somos un equipo.

Alzheimer. Mi madre me dice que a mi abuelo le han diagnosticado esa enfermedad. Comienzo a indagar en internet. Según voy leyendo mi corazón se encoge, lucho por secarme las lágrimas antes de que mi madre o mi abuelo entren en mi habitación y tenga que decirles que se me ha metido una pestaña en el ojo.



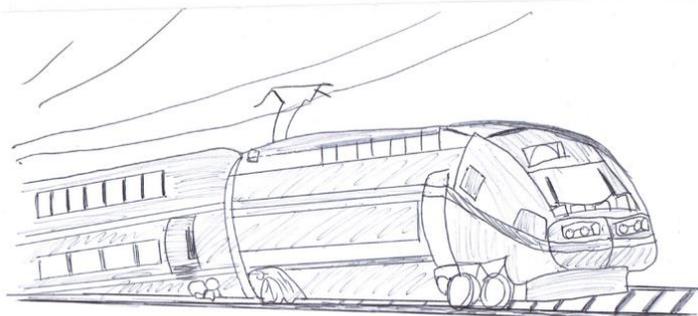
Ha pasado el invierno y las primeras flores de la primavera nos regalan sus preciosos colores. Mi abuelo está sentado junto a la ventana. Hoy me ha reconocido y he vuelto a ver el brillo en sus ojos. Le he abrazado superfuerte, quería permanecer pegado junto a él mucho tiempo. Y me ha dicho:

- Ángel, campeón, no me achuches tanto que estoy flojillo.

Nos hemos echado a reír, tanto que se nos saltaban las lágrimas. Ha sido un momento mágico. En ese momento sólo estábamos él y yo. Su enfermedad estaba dormida.

Cada día es una nueva aventura. Los momentos de ternura que paso con mi abuelo son insuperables. La mayoría de las veces no me mira, no me reconoce, no me habla pero yo sí sé quién es él, y le miro, y le hablo y me lo como a besos. Él se deja querer. Le cuento sus viejas historias y aunque ya no las entiende a mí no me importa. Yo le quiero con su fragilidad, con su eterno olvido, con su mirada perdida en el horizonte.....

Han pasado cinco años, siete meses y cuatro días. Su enfermedad decidió irse de viaje con mi abuelo. Cogieron un tren sin retorno con destino al cielo.



Para todos los que queríamos a mi abuelo ha sido una época complicada, dura e intensa. Esa enfermedad, que cuesta pronunciar y rara de escribir, también es difícil de entender, de sobrellevar. Da pocas treguas, va arañando hasta que sus zarpas profundizan hiriendo sin cura.

También nos ha enseñado a encarar el miedo, la tristeza, la impotencia, la incertidumbre, la fragilidad.....

Se ha hecho de noche, he terminado mis deberes de matemáticas, ¡qué rápido era mi abuelo en cálculo!.... miro por la ventana y en lo alto del cielo brilla una estrella con una intensidad inmensa... Yo sí sé quién es..